

LAS AGUAS Y LA IDEA

Fernando Leal.

El anciano filósofo regresa por las mañanas a contemplar el río, el que muchos años atrás le sugirió la fecundísima idea. Naturalmente que no es el mismo río, aunque así lo parezca y los recuerdos así quieran confirmarlo. También Heráclito ha cambiado y no es el que era, pero el devenir se manifiesta menos en las continuamente renovadas aguas. Ellas no muestran una rugosa piel ni un encorvado cuerpo allí donde una vez fue la esbelta y tersa juventud. Sin embargo, el devenir es ciertamente más veloz en las corrientes aguas.

Todo fluye, pero la medida del cambio no es igual en todos los seres. Y así conviene, pues si el ritmo de las variaciones fuese uno y el mismo para todos, no se advertiría, de modo que un compás absoluto equivaldría a la total inmovilidad. Por la misma razón, los más hondos recuerdos se difuman lentamente, mientras que esas rápidas aguas son y no son en un instante. Así, el recuerdo del río permanece aun cuando éste ya no es; pero ni siquiera es el mismo en el recuerdo. Y tal como los ojos del filósofo no advierten la diferencia en el discurrir de las aguas, y sin embargo han visto infinitos ríos en lo que parece uno, de igual manera cree la memoria guardar la imagen de uno solo, cuando son infinitos los recuerdos.

Pero la medida de la universal conflagración es mucho más despaciosa que la leve transformación de los recuerdos. Frente a la lentitud del vaivén cósmico, la vida entera de un hombre, de una generación, de una ciudad, representan un fugacísimo destello. Así, únicamente parece no variar en la total eva-

nescencia, la medida suprema de ese fuego primordial, del cual surgen y al cual vuelven todas las cosas, y que en inmensos ciclos deshace y rehace el universo. Y tampoco cambia su ser-fuego, que siempre fue, es y será, ya en la luz más luminosa y plena, ya en la sombra más oscura y compacta. Esto es el ser que dura eternamente, y que cambiando sin cesar, nunca en sí cambia, pues todo es fuego eternamente vivo, cuya medida no sufre jamás alteración. Así lo vio el filósofo en las solares aguas de su mente.

LA RAZON DE LA IDEA

Los hombres de Elea aprecian a su filósofo porque juzgan que ha concebido la idea más poderosa, y que ha expresado en bellos cantos la realidad del ser que es. Los mismos dioses, en el veloz carro del pensamiento, le condujeron a la verdad, hasta entonces escondida a los hombres tras un velo de apariencias. Pues Parménides ha dicho, guiado por la lógica más pura, que es imposible pensar lo que no-es, no sólo porque la nada no existe y lo que no existe no es pensable, sino también porque el pensar y el ser son lo mismo, de la misma naturaleza divina; y que, por tanto, sólo es posible pensar lo que es y no puede no ser: y esto es el ser perfecto, compacto, inmutable, pleno y eterno, cuya continua redondez no admite absolutamente la mínima partícula de no-ser. Semejante a una esfera perfecta, paradójicamente el ser carece de exterior, pues su perfección consiste en ser sin menoscabo alguno y sin

necesidad de ser más en parte alguna, pues su plenitud es completa y uniforme. Lo cual equivale a decir que no hay un fuera y un dentro del ser, ni más ser aquí y menos allá, sino lo mismo en todo. Y, por supuesto, que no hay partes del ser, ni seres múltiples, sino solamente uno e igual dondequiera.

No han faltado enemigos que acusen al filósofo de convertir así la vida transitoria de los hombres en un sueño sutil, y todo movimiento en vaporosa niebla fugitiva, reducido el devenir a una inexplicable apariencia. Pues si Aquiles ha de alcanzar la meta, ésta debe distar de él tantos pasos cuantos haya de recorrer hasta alcanzarla, pero esta distancia no está llena de Aquiles, sino de un no-ser Aquiles. Por tanto, Aquiles tiene que desplazarse por un camino cuyo vacío espera la densidad de su cuerpo para acercarlo continuamente al punto final de la carrera. El vacío, el no-ser, es imprescindible para explicar el movimiento de los seres animados, y de todo lo que se mueve, y por el hecho mismo de moverse. Si no fuera así, ni Aquiles, el más veloz de los mortales, ni la tortuga, el más lento de los cuadrúpedos, podrían dar un paso, inmovilizados en la continuidad plena del ser compacto e inmutable. No podrían ni siquiera respirar: no existirían, en suma. ¿Y cómo es —si el ser es como pretende Parménides— que existen Aquiles el de los pies ligeros, la tortuga, y muchos otros seres animados e inanimados que se mueven?

He aquí que Zenón, el entusiasta discípulo del maestro de Elea, responde que si en una confrontación de la velocidad de Aquiles con la de la tortuga, se concediese a ésta un paso de ventaja, Aquiles jamás podría alcanzarla en su carrera, pues mientras recorre la mitad de la distancia que originalmente lo separa de la tortuga, ésta habría recorrido cierto espacio que se añadiría a la segunda mitad aún no recorrida por Aquiles, y éste, al recorrer la nueva distancia en su mitad, se vería aventajado por la tortuga en un nuevo espacio que se añadiría a la nueva mitad aún no recorrida, y así sucesivamente. En realidad, si ambos hubiesen de llenar el vacío que los separa de la meta, antes habrían de llenar la mitad de ese vacío, y antes la mitad de esta mitad, y así sucesivamente hasta

el infinito, de manera que se encontrarían inmovilizados en la imposibilidad de llenar los vacíos crecientemente infinitesimales, imposibles de recorrer ni en su totalidad ni en sus partes. Una sola fracción de no-ser que separase a un móvil de una meta, lo separaría no sólo como un infinito espacial, sino también en un tiempo infinito. Por ello, jamás alcanzaría Aquiles a la tortuga, ni la flecha al blanco, ni de un punto se podría pasar a otro, pues una mínima fracción de discontinuidad del ser equivaldría a un abismo espacio-temporal infinito.

Además, no hay cosa capaz de atravesar el no-ser, ni tiempo alguno en que esa empresa pudiese ejecutarse. Por tanto: si el no-ser es imprescindible para que exista el movimiento, es inexorable que si existe, nada puede moverse. Así, la flecha no sale del arco, Aquiles es una estatua sin movimiento, la tortuga yace petrificada, y todo es compacto, pleno e inmutable. Esto lo aprendemos por el pensamiento, que afirma la única verdad, la absoluta verdad de que el ser es y es imposible que no sea.

Entonces los enemigos replicaron que si sólo existe el ser continuo, pleno e inmutable, nada puede penetrarlo, nada conmoverlo, y si el pensamiento y el ser son lo mismo, tampoco se mueve el pensamiento, y no es algo vivo y veloz, sino poco menos que una durísima piedra.

Y preguntado un artesano acerca de cuál era su opinión en esa contienda que entusiasmaba a la ciudad de Elea, contestó que él necesitaba moverse de aquí para allá en su trabajo de alfarero: debía extraer la arcilla del suelo, prepararla, modelarla en el torno veloz, utilizar bellos colores en el adorno de las piezas, hornearlas, y, una vez terminadas, llevarlas al mercado. Y que toda esa faena no era para él ilusoria, sino vida y movimiento y contento, pues se encontraba entre los hombres libres.

Y enterado el propio Parménides de estas discusiones, dijo que su propósito había sido el encontrar un fundamento inmovible para el ejercicio del pensamiento, en medio de las cambiantes fuerzas que doblan nuestro precario ser. Quería una muralla inexpugnable que protegiese nuestra razón del devenir que todo lo genera y lo corrompe, y a la vez

iniciar el camino por el que el pensamiento pudiese buscar lógicamente la verdad, no sólo del ser que es, sino sobremanera de este trasmundo de apariencias huidizas, de seres atrapados en el devenir que los hace y los deshace. Y si pues hemos de escapar de alguna manera a la suerte de este caos voraginoso, por la Idea ha de ser, por el pensamiento que logra mantenerse en lo que es; y por el reconocimiento de la verdad de que ese ser que se mantiene en su ser —pues lo mismo son el pensar y el ser— es nuestra verdadera naturaleza, y no la vana ilusión de este trasmundo que tenemos por real. Era esta la razón de la idea, y, a la vez, la primera idea del ser de la razón. Pues lo mismo es el pensamiento y aquello por lo cual es el pensamiento.

Entonces los enemigos replicaron que la razón o causa real de todas esas teorías consistía en el rechazo de un mundo cambiante, en la insoportable idea de la necesidad del devenir, en el agobio de la generación y la corrupción de todas las cosas, en el trabajo que supone el movimiento y en la ilusión de que la perfección se encuentra en lo inmutable, como si fuese más perfecta una piedra redonda que nuestro alado pensamiento, y mejores las casuales obras de la naturaleza que el producto del arte humano. Y agregaron que el mundo no yace en otro mundo, y que si es cierto que somos de la materia de los sueños, entonces también el mundo es asimismo sueño y nada hay que no sea de igual modo; pero que la materia de los sueños es sueño, y en cambio nuestro pensamiento es fuego y dinamismo, como la divina luz. Y que si todo fuera sólo uno, equivaldría a la nada, y así el ser al no-ser, pues la unidad sola no es nada. Y que no había de negarse el movimiento por una cierta idea de ser, sino pensar el ser incluido el movimiento en él, pues aun cuando no fuera sino ilusión pura, este no-ser tendría que encontrar su explicación, en una teoría del ser que incluyese la razón de la apariencia; precisamente, la teoría de Parménides excluía la posibilidad hasta de la apariencia del no-ser, y, así, la apariencia queda sin ser y sin no-ser, lo cual es doblemente absurdo. Por tanto: si el mundo de la generación y la corrupción es aparente, el ser no es como dice

Parménides; y si ese mundo no es aparente, sino real, tampoco es el ser como dice Parménides, pues habría de contener el movimiento y todo por lo que es el movimiento.

Zenón entonces replicó apasionadamente: "Si negáis que el camino del pensar sea éste, dadle ser al no-ser, contradecíos, y veréis que no ya niebla vaporosa lograréis asir, sino sombras de nada y un pensamiento errático, que sin apoyo alguno, lo que piensa hoy lo negará mañana, y lo que dice en este instante en el sucesivo lo contradirá; y así, envueltos en sinsentido y vueltos y revueltos por doquier, en la idea del movimiento del ser en el no-ser, en el cambiante tiempo todas las veces pensaréis de contradicho modo, hasta que perdida la razón en una historia retorcida de acción sin consistencia, vuestro destino será la ciega busca de un porvenir demente. Pues únicamente la razón que piensa lo que es encontrará la ciencia: la idea de que sólo es el ser eterno, incommovible y pleno, nos permite pensar que no somos un inútil desfile de translúcidos seres carentes de realidad, sino que nuestra verdadera naturaleza es de la misma razón y ser de lo que es. Y este es el método real, el único y luminoso sendero del hombre razonable, el fundamento de la acción que puede entonces cobrar el nombre de una historia sensata. Y por esto el alfarero puede realizar congruentemente su trabajo: no porque el movimiento se lo permita, sino porque el movimiento no se lo impide: porque hay una permanencia relativa en la arcilla, en el movimiento del torno, en la pintura que sus manos aplican, en el poder del fuego de los hornos; y, sobre todo, en el saber de su artesanía, que permanece en su mente y no se disipa al menor soplo, y en su permanencia cambia en vista de la perfección, cuyo paso tampoco se disipa".

Un siglo más tarde, Aristóteles dijo que la naturaleza odia el vacío, pero admitió el movimiento en la masa del ser y la multiplicidad de los entes; pues si bien todo se encuentra lleno de ser, éste no tiene la misma consistencia en todas partes, y ahí, por ejemplo, donde un cuerpo sólido se mueve desplazando el aire, éste ocupa inmediatamente el antiguo lugar del cuerpo sólido; de manera que lógicamente equivale decir que el cuerpo sólido desplaza el aire, o viceversa. Y así, el

ser que todo lo abarca se mueve en sí mismo, y siendo uno es a la vez múltiple. Y esto parece conveniente, pues de otra manera, reducido a una forma única, no se podría percibir y todo equivaldría a la nada absoluta.

DISCURSO DEL SOFISTA

Yo soy la medida de todas las cosas, de las que son en tanto que son y de las que no son en tanto que no son. Yo no pretendo ninguna ciencia absoluta y eterna, pues siendo mía la ley, yo soy quien impone la ley del universo. Así como se rige la ciudad por las leyes que nosotros constituimos convencionalmente, tomando como arquetipo nuestra propia excelencia, así también contemplamos el mundo y lo edificamos según nuestra medida: pequeño en el grano de arena y gigante en la bóveda celeste. Las cosas son, pues, como nos parecen ser, de manera que no hay diferencia entre el ser y el parecer; y tú, tal como pareces, así eres. Es más: tú eres según mi propia medida; entonces, cuídate de que en el Agora la opinión del pueblo te sea favorable, no sea que te encontremos culpable de introducir dioses y doctrinas nuevos en la ciudad y de corromper a la juventud con discursos disidentes.

Yo soy la medida del amor que puedes obtener y mi lectura implacable de tu discurso ideal puede tanto destruirte cuanto elevarte a la dignidad del hombre militar, el único que tiene razón de ser y cuya fuerza es la verdadera medida de lo que sirve y de lo que no sirve, de lo bueno y de lo malo. Por tanto: yo soy la medida de la ciencia, de la sabiduría, de la santidad, de la acción permisible y lo que hay que conservar. No existe apelación a cuanto yo expreso, pues yo soy la medida de la palabra, ya que el logos es humano y yo soy el ser humano por excelencia. Mi lugar de lucha es el Agora, en donde como juez supremo yo discrimino lo que está bien dicho y hecho y lo que está mal, y juzgo si ha de preservarse o de destruirse.

Quien no piense como yo es enemigo de mi especie, que es la medida suprema, la vara que ha de medirte. Mi importancia es re-

lativa a la fuerza de mi palabra: Yo soy el carcelero de las ideas y sólo permito que discurren por las calles las que conduzcan al éxito de la acción militar. Bajo mi mando el progreso es seguro, pues yo soy la medida del éxito y el éxito es mi fin, no importa que para conseguirlo recurra a medios que a tu sentir sentimental parezcan inhumanos. Yo te haré bueno a la fuerza, aunque haya de recurrir al mal como medio de conducirte al bien, y al engaño para que mi verdad, que es la Verdad, reluzca en el foro bajo la lámpara máquina de mi palabra indudable. El hombre es la medida de todas las cosas, pero el soldado es la medida del hombre. Yo soy la Fuerza del Verbo, o mejor dicho, el Verbo de la Fuerza. Inclínate ante mí, pues soy el Faraón de las únicas ideas que tienen derecho a la realidad.

Mi método soy yo, pues yo soy el método. Y claro que la Totalidad es mi reino, pues siendo yo la medida de todo, todo cabe en mi medida. Mi conciencia es la más vasta, pues lo percibe todo, en general y en detalle, en extensión y en intensidad. ¿Cómo no habría yo de ser, pues, partidario del totalitarismo, de la férrea mano que amalgama la díscola muchedumbre y reduce lo múltiple a lo uno? Un hombre para mí es una partícula: la masa es la verdad. Quienes hablan del hombre concreto, o bien de la sociedad como un conjunto de individuos son sospechosos: tienen el virus de la muchedumbre y de la democracia. Alcibíades estratega es mi verdadero discípulo. Los demás carecen de importancia, y son solidarios de la humanidad sólo si son mis solidarios, mis soldados, pues yo soy la humanidad personificada.

La historia es mi creación, y tú, que eres un ser histórico, eres mi criatura. Esta es mi verdad, mi doctrina, mi meta-ideología, mi discurso político, sagrado y avasallador de todo aquello que no encuadre en mi camino histórico-científico.

EL HOMBRE DE LA IDEA

Mientras los sabios discurren sobre totalidades y los sofistas sobre cómo obligarnos a parecer lo que no somos, conversemos nosotros, mis amigos, sobre la ley de la razón que nos anima y que constituye nuestra na-

turalidad humana. Lo cual equivale, si no nos engañamos, a preguntarnos por la ciencia de nuestro pensamiento. ¿No es acaso esa virtud divina que nos permite actuar prudentemente y examinar sin descanso nuestras afirmaciones? No sea que, asechante, el error en el juicio nos tome por la espalda y nos haga rodar en abismos de inconsistencia e incoherencia, mientras nosotros creemos saber y actuar consecuentemente, cuando en realidad hacemos mal, ignorantes de las virtudes propias de la buena acción. Una certeza que nos guíe nos es tan necesaria como el fuego que ilumina los antros en donde la pitonisa del Dios de Luz cifra nuestro destino. Conócete a ti mismo encuentra la ignorancia que te subyuga y decídete a liberarte de ella, en la medida que cabe a las fuerzas humanas, mediante la busca constante, a través del diálogo, de bien fundadas razones, de conceptos claros como los días solares y definidos como los contornos de sombra y luz del Partenón. Y luego podrás actuar mejor, pues la ciencia hace bueno al hombre; porque los hombres hacen mal y yerran cuando desconocen cuál es su naturaleza real y qué conviene hacer y qué no, es decir, cuál género de vida y de conducta es propia de quienes en su mente atesoran el fuego de Dios, mientras que a la vez saben apreciar el buen humor del pequeño demonio que descansa sobre su hombro, y así logran ser al mismo tiempo como el hombre que sabe pensar y actuar y el niño que sabe reír y jugar, y acaso como esa mujer extraordinaria, Diótima, que reúne en sí ambas cualidades, más la tercera resultante: la suprema bondad.

AL HOMBRE POR LA IDEA

No habrá ciencia de lo que fluye sin cesar, pues la memoria sólo puede aprehender lo que de alguna manera permanece, y la ciencia no puede ser para hoy solamente y no para mañana. La idea, participante de una realidad inmortal e incommovible, nos ha de proporcionar la ciencia de lo que no sufre generación ni corrupción, y así de esta tierra mortal no habremos de juzgarnos prisioneros perpetuos.

¿Pero cómo explicar la razón de este mundo de sombras que parecen ser, de voces

que parecen escucharse, de resplandores que parecen lucir? Si el ser es pleno y no admite por ningún lado no-ser, ¿cómo es que surge esta apariencia, cómo sobrenada esta niebla dónde no puede haber nada? ¡Este mundo en que transcurre nuestra vida no puede hallarse tan lejano del Bien, de cuyo seno se desprende la luz de la verdad y la belleza, y sin el cual no es posible ninguna unión ni entre los hombres, ni entre los animales, ni entre las cosas todas! No somos extraños al devenir y no podemos negar que aparece lo que aparece, y si hemos de explicar la razón del parecer y del cambiar, hemos de admitir que de alguna manera es lo que no-es, y que de alguna manera no-es lo que es. Así, entre los géneros supremos que explican y rigen la realidad de nuestro mundo, se encuentran ambos, y no reina uno sólo de absoluto modo. Transida de esa relatividad, la realidad deviene, y la ciencia de lo que cambia es posible cuando la referimos a la ciencia de lo que permanece: la substancia del cambio es su materia, el substrato modelable que el Demiurgo informa con la idea de la Idea perfecta e inmutable.

Si de igual modo la ciudad pudiese regirse y ordenarse, la justicia aplicaría las leyes al caótico devenir de la ciudad, y semejante a la Ciudad celeste, la ciudad humana encontraría su constitución más perfecta. Pero no ya de joven, sino aun anciano, confiaba yo en el poder de la razón y por tres veces intenté realizar el luminoso plan: cual un demiurgo humano osé detener la tempestad política y conducir a los hombres a la virtud de una vida semejante a la paz del firmamento. Hoy, fracaso tras fracaso, ¿qué puedo decir a mis amigos? Sólo que no habrá paz en la ciudad terrestre mientras el férreo eslabón de la violencia no se rompa, el día en que el vencedor y el perdedor renuncien a la senda venganza. Pero no cesará la guerra entre los hombres mientras persista la injusticia, ni existirá en los tiempos convulsos verdadera ciencia; y, sin la ciencia, tampoco habrá quien pueda llamarse verdaderamente político, ni ciudad que se gobierne sabiamente, pues ciertamente nadie sabrá en qué consiste la justicia ni cómo constituirla. He aquí, amigos, la terrible fuerza del remolino que nos arrastrará y nos hundirá en paradojas insolubles

mientras la filosofía tenga que conformarse con protegerse del polvoriento vendaval de las pasiones y los mezquinos intereses, y los enemigos de las Ideas pretendan destruirlas a fuerza de opiniones demagógicas y el vaso de cicuta cargado de odio, de envidia y de injusticia. Mientras llega la aurora, afanémonos

por construir la ciudad justa interior de nuestras almas, de manera que por los siglos de los siglos y los milenios de los milenios, no llegue una noche tan oscura en que se apague en los corazones de los hombres el ideal de la República.